

GREGORY MAGUIRE

WICKED

Memorias de una bruja mala

Con más de un millón de ejemplares vendidos,
Wicked es el referente de la fantasía para adultos

En un pueblo de pescadores de Munchkinland, una región independiente de la tierra de Oz, nace la primera hija de Melena. Su marido, el párroco Frex, no puede estar con ella en tan delicado momento porque el Reloj del Dragón del Tiempo (un teatro de títeres), ha llegado al pueblo y sus espectáculos irreverentes y groseros están haciendo estragos en la parroquia. La criatura se llama Elphaba, tiene la piel verde y unos dientes de tiburón con los que arranca un dedo de un mordisco a una mujer. No es cosa fácil, ser la mala del cuento. **Gregory Maguire** visita en *Wicked. Memorias de una bruja mala* las entrañas de uno de los grandes cuentos de la historia y rescata a la niñita de piel verde llamada Elphaba, que crecerá para convertirse en la Malvada Bruja del Oeste, una persona ingeniosa, irritable y poco comprendida que pone en tela de juicio todas nuestras nociones preconcebidas sobre la naturaleza del bien y del mal.

—Bueno —dijo la Cabeza—, te daré mi respuesta. No tienes derecho a esperar que te envíe de regreso a Kansas, a menos que hagas algo por mí a cambio. En este país, todos deben pagar por todo lo que reciben. Si quieres que use mis poderes mágicos para mandarte de vuelta a tu casa, antes tendrás que hacer algo para mí. Ayúdame y yo te ayudaré.

—¿Qué debo hacer? —preguntó la niña.

—Mata a la Malvada Bruja del Oeste —respondió el Mago.

L. FRANK BAUM,
El Mago de Oz

PRIMERA PARTE
LOS MUNCHKINS

LA RAÍZ DEL MAL

1

Desde la cama arrugada, la esposa dijo:

—Creo que hoy será el día. Mira cuánto me ha bajado.

—¿Hoy? Sería típico de ti: perverso e inoportuno —replicó en tono de broma su marido, de pie en la puerta, mirando hacia afuera, al lago, los campos y, más allá, las laderas boscosas. Apenas conseguía divisar las chimeneas de Rush Margins, que exhalaban el humo de los desayunos—. El peor momento posible para mi ministerio. Como es natural.

La esposa bostezó.

—No hay muchas posibilidades de elegir. O al menos, eso dicen. El cuerpo se te pone así de grande y entonces ya no decides tú. Si no te cabe dentro, cariño, entonces tendrás que apartarte de su camino. Se ha puesto en marcha y ya no hay nada que pueda detenerlo.

Se levantó un poco para otear sobre la montaña de su vientre.

—Me siento como una rehén de mí misma. O del bebé.

—Intenta controlarte —dijo él, acercándose a ella y ayudándola a sentarse en la cama—. Considéralo un ejercicio espiritual. Vigilancia de los sentidos. Continencia física y a la vez ética.

—¿Controlarme? —se echó a reír ella, desplazándose centímetro a centímetro hacia el borde de la cama—. ¿Cómo voy a controlarme si ya no soy yo? No soy más que el

huésped de un parásito. ¿Dónde habrá quedado mi identidad? ¿Dónde me habré dejado mi vieja y cansada identidad?

—Piensa en mí —dijo él. Su tono había cambiado. Ahora hablaba en serio.

—Frex —replicó ella, yendo hacia él—, cuando el volcán está listo para estallar, no hay sacerdote en el mundo capaz de aquietarlo a base de plegarias.

—¿Qué pensarán los otros ministros de la Iglesia?

—Se reunirán y dirán: «Hermano Frexspar, ¿has permitido que tu esposa pariera a tu primer hijo cuando tenías problemas por resolver en la parroquia? ¡Qué falta de consideración por tu parte! Es la prueba de que careces de autoridad. Quedas destituido de tu cargo.»

Le estaba tomando el pelo, porque no había nadie para destituirlo. El obispo más cercano estaba demasiado lejos para prestar atención a las peculiares circunstancias de un clérigo unionista de la periferia.

—¡Es un momento tan terriblemente inoportuno!

—Después de todo, la mitad de la culpa de que suceda en este momento es tuya —replicó ella—. ¿No crees, Frex?

—Se supone que sí, pero no acabo de estar seguro.

—¿No acabas de estar seguro?

Ella rió, echando la cabeza hacia atrás. La línea desde su oreja hasta el hueco de su garganta le recordó a Frex un elegante cucharón de plata. Incluso desarreglada como estaba por la mañana y con una barriga como una gabarra, era de una belleza majestuosa. Su pelo tenía el brillante aspecto lacado de las hojas húmedas de roble, caídas en el suelo, a la luz del sol.

La culpaba por su origen aristocrático, pero admiraba sus esfuerzos por superarlo y, al mismo tiempo, también la amaba.

—¿Quieres decir que no estás seguro de ser el padre? —preguntó mientras se agarraba al marco de la cama; Frex la cogió por el otro brazo y la izó, hasta conseguir que que-

dara medio erguida—. ¿O dudas de la paternidad de los hombres en general?

De pie, era colosal, una isla ambulante. Mientras salía por la puerta a paso de caracol, se iba riendo de semejante idea. Él la oyó riendo aún en el retrete exterior, cuando él empezaba a vestirse para la batalla del día.

Frex se peinó la barba y se aceitó la calva. Después se prendió en la nuca un broche de hueso y cuero sin curtir, para apartarse el pelo de la cara, porque era preciso que ese día sus expresiones pudieran interpretarse desde lejos. No podía haber ambigüedad en su discurso.

Se aplicó polvo de carbón en las cejas, para oscurecerlas; se untó cera roja en las chatas mejillas, y se sombreó los labios. Un sacerdote apuesto atraía más penitentes que uno feo.

En el patio de la cocina, Melena flotaba blandamente, no con el peso normal del embarazo, sino como inflada, como un globo enorme arrastrando los hilos por el polvo del suelo. Llevaba una sartén en una mano y, en la otra, unos huevos y los hirsutos cabos de unos cebollinos. Iba cantando para sus adentros, pero sólo en frases cortas. No era para que Frex la escuchara.

Con la sobria túnica abotonada hasta el cuello y las tiras de las sandalias atadas sobre las calzas, Frex sacó de su escondite, debajo de un arcón, el informe que le había enviado su colega, el ministro del poblado de Three Dead Trees, y disimuló las hojas de papel marrón en su ceñidor. Se las había ocultado a su mujer, por temor a que quisiera acompañarlo para ver la gracia, si era divertido, o para experimentar el estremecimiento, si era aterrador.

Mientras Frex respiraba hondo, preparando sus pulmones para un día de oratoria, Melena agitaba una cuchara de madera sobre la sartén, para hacer un revuelto con los huevos. El tintineo de los cencerros resonaba del otro lado del lago. Ella no prestaba atención, o en realidad sí que lo hacía, pero a algo que estaba en su interior. Era un sonido sin

melodía, como una música soñada, que se recuerda por su efecto, pero no por sus yerros o aciertos armónicos. Imaginó que sería el bebé en su interior, canturreando de pura dicha. Supo que iba a ser un niño cantarín.

Melena oyó a Frex dentro de la casa; su marido empezaba a improvisar, a modo de calentamiento, produciendo las frases vibrantes de su alegato y convencién dose una vez más de su probidad.

¿Cómo decía aquella cancioncilla, que años atrás le canturreaba Nana, en la habitación de los niños?

*Un bebé por la mañana,
aflicción asegurada.
Cuando llega a mediodía,
te afligirá sin medida.
Nacimiento vespertino,
un desastre en el camino.
Y cuando viene de noche,
de desgracia habrá derroche.*

Pero ella la recordaba con alegría, como una broma. La aflicción es el final natural de la vida, y aun así seguimos teniendo bebés.

«—No —dijo Nana, como un eco en la mente de Melena (y corrigiendo sus ideas, como de costumbre)—. Nada de eso, mi bonita y mimada chiquilla. No *seguimos* teniendo bebés, eso es bien evidente. Sólo tenemos bebés cuando aún somos demasiado jóvenes para saber lo triste que se vuelve la vida. Cuando de verdad nos damos cuenta de hasta qué punto llega a ser triste (y piensa que las mujeres tardamos en aprender), entonces nos secamos por dentro de puro disgusto y, con mucha sensatez, detenemos la producción.

»—Pero los hombres no se secan —objetó Melena—; ellos pueden ser padres hasta que mueren.

»—Ah, es que nosotras tardamos en aprender —replicó Nana—, pero ellos no aprenden nunca.»

—¡El desayuno! —dijo Melena, pasando con una cuchara los huevos revueltos a un plato de madera. Su hijo no sería tan obtuso como la mayoría de los hombres. Ella le enseñaría a desafiar el progresivo avance de la aflicción.

—Es tiempo de crisis en nuestra sociedad —recitó Frex.

Para ser un hombre que condenaba los placeres mundanos, comía con elegancia. A ella le encantaba contemplar el arabesco de sus dedos y sus dos tenedores. Sospechaba que, bajo su probo ascetismo, él acariciaba anhelos ocultos de una vida regalada.

—Para nuestra sociedad, cada día es una crisis —replicó ella.

Le estaba tomando el pelo, respondiéndole en los términos que emplean los hombres. Pero su querido Frex, obtuso como era, no distinguió la ironía en su voz.

—Nos encontramos ante una encrucijada. La idolatría amenaza. Los valores tradicionales están en peligro. La verdad asediada y la virtud abandonada.

Más que hablarle a ella, estaba practicando su diatriba contra el espectáculo de magia y violencia que estaba por llegar. Frex tenía una faceta que lindaba con la desesperación; pero a diferencia de la mayoría de los hombres, sabía canalizarla en beneficio del trabajo de su vida. Con cierta dificultad, Melena se agachó para sentarse en un taburete. ¡Coros enteros cantaban sin palabras dentro de su cabeza! ¿Sería eso corriente en el trabajo de parto y en todos los partos? Le habría gustado preguntárselo a las arrogantes vecinas que la visitarían esa tarde, murmurando comentarios por lo bajo acerca de su estado. Pero no se atrevía. No podía deshacerse de su bonito acento, que a ellas les sonaba afectado, pero podía evitar que la creyeran ignorante de las cosas más básicas.

Frex advirtió su silencio.

—¿No estarás enfadada porque hoy te dejo sola?

—¿Enfadada? —respondió ella arqueando las cejas, como si ni siquiera reconociera el concepto.

—La historia avanza reptando sobre las patas de palo de las pequeñas vidas individuales —dijo Frex—; pero, al mismo tiempo, convergen fuerzas eternas de mayor alcance. No puedes atender los dos frentes al mismo tiempo.

—Quizá nuestro hijo no tenga una vida pequeña.

—No es momento de discutir. ¿Quieres distraerme hoy de mis deberes sagrados? Nos enfrentamos a la presencia del mal verdadero en Rush Margins. No podría tolerar mi propia vida si no hiciera nada al respecto.

Lo decía en serio, y por esa intensidad, ella se había enamorado de él; pero también por eso lo odiaba, naturalmente.

—Las amenazas vienen hoy... y seguirán viniendo mañana —dijo ella para concluir el tema—. Pero tu hijo sólo nacerá una vez y, si este cataclismo acuoso que tengo dentro es una señal, creo que será hoy.

—Habrá otros hijos.

Ella se volvió para que él no viera la rabia en su rostro.

Pero era incapaz de mantener la ira contra él. Quizá fuera un defecto moral suyo. (Por regla general, no era muy dada a cavilar sobre defectos morales; le parecía que tener a un ministro de la Iglesia por marido ya era suficiente reflexión religiosa para los dos.) Se sumió en un silencio malhumorado. Frex masticaba su desayuno.

—Es el demonio —dijo Frex, con un suspiro—. El demonio viene en camino.

—¡No digas algo así cuando nuestro hijo está a punto de nacer!

—¡Me refiero a la tentación en Rush Margins! ¡Y tú lo sabes, Melena!

—¡Las palabras son palabras, y lo dicho dicho está! —replicó ella—. ¡No te pido que me dediques toda tu atención, Frex, pero necesito un poco!

Ella dejó caer la sartén, que se estrelló con estrépito sobre el banco arrimado a la pared de la cabaña.

—Y además —prosiguió él—, ¿sabes a lo que tengo que enfrentarme en el día de hoy? ¿Cómo puedo convencer a mi rebaño para que se aparte del abigarrado espectáculo de la idolatría? Probablemente, esta noche volveré vencido por una diversión más deslumbrante. Quizá tú consigas un hijo este día. Yo, en cambio, presiento un fracaso.

Sin embargo, aun diciendo eso, parecía orgulloso. Fracasas en la persecución de un fin moralmente elevado era gratificante para él. Ni comparación con la carne, la sangre, la suciedad y el alboroto de tener un bebé.

Finalmente, se puso en pie para marcharse. Sobre el lago se había levantado un viento que emborronaba la cima de las columnas de humo de las cocinas. Melena pensó que parecían remolinos de agua, bajando por los desagües en espirales cada vez más estrechas y concentradas.

—Cuídate, amor —dijo Frex, aunque ya llevaba puesta, de la cabeza a los pies, la grave expresión que adoptaba en público.

—Sí —suspiró Melena, sintiendo una patada del bebé en lo profundo de su vientre y la repentina necesidad de volver al excusado—. Cuídate tú también, que yo estaré pensando en ti, mi espina dorsal, mi escudo protector. Y también intenta que no te maten.

—Que se haga la voluntad del Dios Innominado —replió Frex.

—Y también la mía —blasfemó ella.

—Dedica tu voluntad a aquello que lo merece —respondió él. Ahora él era el ministro, y ella, la pecadora, un reparto de papeles que no apreciaba particularmente.

—Adiós —dijo ella, que prefirió el hedor y el alivio del excusado exterior a la posibilidad de quedarse saludándolo con la mano hasta que se perdiera de vista por el camino en dirección a Rush Margins.

EL RELOJ DEL DRAGÓN DEL TIEMPO

2

Frex estaba más preocupado por Melena de lo que ella sospechaba. Se detuvo en la primera choza de pescadores que vio y habló con el dueño de la casa a través de la media puerta. ¿Sería posible que una o dos mujeres pasaran el día y, si era preciso, también la noche con Melena? Sería un gran favor. Frex asintió con una mueca de gratitud, reconociendo sin palabras que Melena no era muy apreciada en aquellos parajes.

Después, antes de seguir bordeando el extremo de Illswater en dirección a Rush Margins, se detuvo junto a un árbol caído y extrajo dos cartas de su fajín.

El autor era un primo lejano de Frex, también clérigo. Semanas antes, su primo había invertido tiempo y tinta muy costosa en la descripción de lo que la gente llamaba el Reloj del Dragón del Tiempo. Frex se preparó para la santa campaña de la jornada, releyendo lo referente a aquel reloj de idolatría.

Te escribo estas líneas apresuradas, hermano Frexpar, para captar mis impresiones antes de que se desvanezcan.

El Reloj del Dragón del Tiempo va montado en un carro y es alto como una jirafa. No es más que un inestable teatrillo ambulante, perforado por los cua-

tro costados con nichos y arcos. Sobre el techo plano hay un dragón mecánico, un artilugio de cuero pintado de verde, con garras plateadas y ojos engastados de rubí. Su piel está hecha de cientos de discos superpuestos de cobre, hierro y bronce, y bajo los pliegues flexibles de las escamas, hay una armazón controlada por un mecanismo de relojería. El Dragón del Tiempo gira sobre su pedestal, repliega las estrechas alas de cuero (cuyo sonido recuerda al de un fuelle) y eructa bolas sulfurosas de inflamada pestilencia anaranjada.

Debajo, en las docenas de puertas, ventanas y porches, hay títeres, marionetas y muñecos: personajes de los cuentos populares, caricaturas de campesinos y también de la realeza, animales, hadas y santos. Nuestros santos unionistas, hermano Frexspar, ¡robados de la tierra bajo nuestros pies! ¡Qué indignante! Las figuras se mueven sobre engranajes. Entran y salen girando de las puertas. Flexionan la cintura, bailan, holgazanean y coquetean unas con otras.

¿Quién habría engendrado a ese Dragón del Tiempo, ese falso oráculo, ese instrumento de propaganda de la perversidad que desafiaba el poder del unionismo y del Dios Innominado? Los que manejaban el reloj eran un enano y varios mancebos de escueta cintura que sólo parecían reunir, entre todos, capacidad cerebral suficiente para pasar la gorra pidiendo dinero. ¿Quién más se estaría beneficiando, además del enano y sus agraciados jovencitos?

La segunda carta del primo le advertía que el reloj ya estaba próximo a Rush Margins. La historia era más detallada.

El espectáculo comenzó con un rasgueo de cuerdas y un cascabeleo de huesos. La muchedumbre se apiñó aún más, lanzando exclamaciones. En la ventana iluminada del escenario vimos una cama de matrimonio, con dos marionetas: una esposa y un marido. Mientras el marido dormía, la mujer suspiró e hizo un gesto con sus manos de madera, indicando que el hombre estaba decepcionantemente infradotado. El público aulló de risa. La esposa marioneta también se quedó dormida y, cuando estaba roncando, el marido títere se levantó sigilosamente de la cama.

En ese momento, en lo alto del teatrillo, el Dragón giró sobre su base y apuntó con sus garras al público, señalando —sin lugar a dudas— a un humilde pocero llamado Grine, que había sido un marido fiel, aunque poco atento. Entonces, el Dragón retrocedió y extendió dos de sus dedos, invitando a la muchedumbre a acercarse, y aislando a una viuda llamada Letta y a su hija soltera de dientes torcidos. El gentío guardó silencio y se apartó de Grine, Letta y la ruborizada doncella, como si las dos se hubieran cubierto de pronto de úlceras purulentas.

El Dragón volvió a la inmovilidad, no sin antes posar una de sus alas sobre otra ventana, que se iluminó revelando al marido marioneta, que vagaba en medio de la noche. Apareció entonces una viuda marioneta, de cabello desordenado y colores encendidos, arrastrando tras ella a su hija de dientes torcidos, que iba protestando. La viuda besó al marido marioneta y le bajó los pantalones de cuero. El hombre estaba equipado con dos juegos de atributos masculinos, uno por delante y el otro colgando de la base de la columna vertebral. La viuda colocó a su hija sobre el abreviado espolón delantero, y se reservó para ella el artefacto más impresionante de la parte trasera. Los tres títeres se pusieron a botar y a

balancearse, emitiendo gemidos de regocijo. Cuando la viuda marioneta y su hija hubieron terminado, desmontaron y besaron al adúltero marido títere. Después le administraron sendos rodillazos, simultáneamente, por delante y por detrás. El marido marioneta comenzó a oscilar sobre sus muelles y bisagras, intentando sujetarse todas las partes dañadas.

El público rugió. Grine, el pocero auténtico, sudaba gotas grandes como uvas. Letta fingió una carcajada, pero su hija ya había corrido a esconderse por la vergüenza. Antes de que terminara la velada, Grine fue acorralado por sus agitados vecinos e investigado por su grotesca anomalía. A Letta le volvieron la espalda. Su hija parece haber desaparecido por completo. Sospechamos lo peor.

Al menos a Grine no lo mataron. Pero me pregunto qué huella habrá quedado en nuestras almas después de presenciar un espectáculo tan cruel. Todas las almas son prisioneras de sus envoltorios humanos, pero seguramente han de degradarse y sufrir ante tamaña indignidad, ¿no crees?

A veces le parecía a Frex como si cada bruja y cada charlatán vidente desdentado de Oz, capaz de realizar hasta el más transparente de los trucos, se hubiera aposentado en el apartado distrito de Wend Hardings para buscarse la vida. Sabía que los habitantes de Rush Margins eran gente humilde, con una vida difícil y pocas esperanzas. A medida que se prolongaba la sequía, su tradicional fe unionista se iba erosionando. Frex era consciente de que el Reloj del Dragón del Tiempo combinaba el doble atractivo del ingenio y la magia, y él mismo tendría que recurrir a sus más hondas reservas de convicción religiosa para resistirlo. Si su congregación resultaba vulnerable a la denominada fe del